

# BIENAVENTURADOS LOS HUMILDES

Por

Julio Brial

## I.

En un rincón de la dormida selva, se alzaban solitarios el verde pino y el negro kamagón.

Estaban frente a frente, altivo el pino y triunfal, coronado de sol y pajaros, perfumado y bello, y lleno de los besos de las brisas. Humilde y feo el kamagón, bajo un tendal de renegridas ramas, sin un canto, ni un beso, ni un aroma en su copa.

La mañana teñía la selva con todos los divinos colores del abril; el rocío caía de las flores gota a gota como un lloro celestial; y entre el azul del cielo y el azul del bosque, reía luminoso el sol.

El kamagón inclinaba sus retorcidas ramas:  
—Buenos días, gentil vecino!

El pino se estremeció altivo y desdeñoso; ceremoniosamente susurró:

—Buenos los tenga usted!...

—Parece que hoy hemos madrugado...

—Y cómo poder dormir con tanto amor!...

¿No ve usted que mundo de amores y de nidos en mi copa?... Me estan matando a besos las alas de las aves y las brisas!

—El amor busca juventud y hermosura; ¿de qué se queja usted?

—¡Oh, es que tanto rendimiento me abruma!...

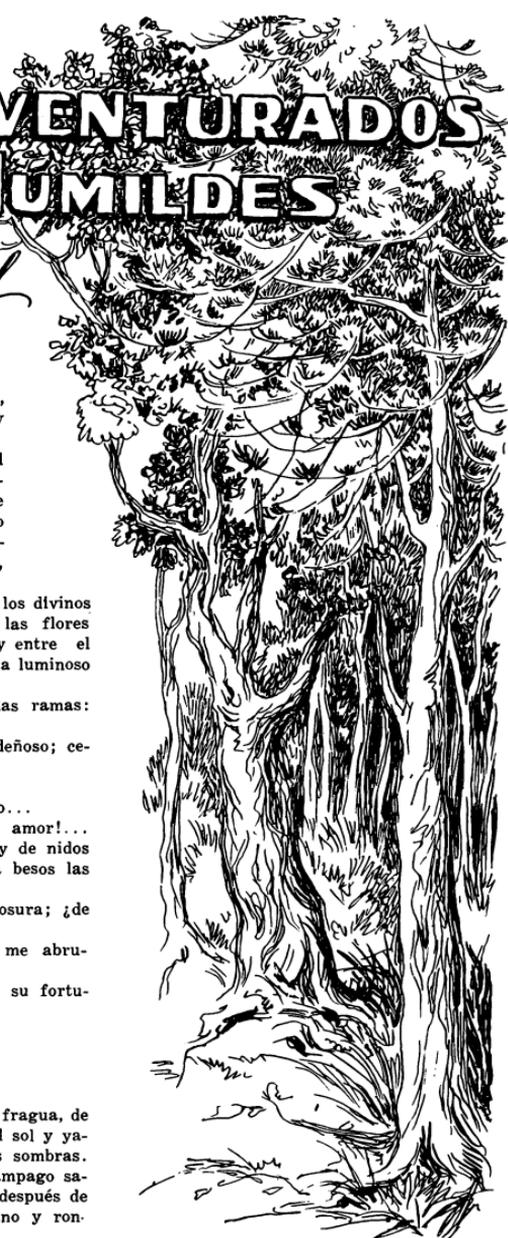
—Sin embargo, cuantos envidiarían su fortuna...

—Usted por ejemplo, abuelo.

## II.

Toda la selva ardía con un calor de fragua, de infierno, apesar de haberse ocultado el sol y yacer el bosque envuelto en densísimas sombras.

De vez, en vez, el fulgor de un relampago sacudía las nubes como un latigazo. Y después de un instante tableteaba el trueno lejano y ronco.



Habían ido a refugiarse en no importaba donde de las bellas aves de la primavera. Las grandes flores rojas, amarillas, blancas se tronchaban marchitas sobre sus tallos sacudidos. Un raudo viento cortante y cálido como el vaho de un cráter lo alfombraba todo de pétalos y ramas destrozadas.

El verde pino, trémulo y temeroso, habló:

—Abu lo kamagón, no sentis miedo?

El kamagón sonreía:

—Miedo a que, de qué?...

—A la tempestad que llega...

El kamagón seguía sonriendo.

—Bah!... Amigo mío; no todo ha de ser encanto y luz y flores y besos!... En la vida más feliz hay muchos días de tempestad como este; yo he visto muchísimos tantos que hoy ya lo mismo se me dá que alumbre el bosque el fuego de los rayos como la dulce y blanca luz de la luna llena... Además, que la tempestad pasa, como pasa todo, la juventud, el amor, la misma gloria!....

—Sí; pero la tormenta vuelve...

—¿Y quién nos dice que no vuelve la juventud, la gloria y el amor?...

El aire iba entrebrebiéndose más; los re-

lámpagos eran cada vez más vivos y continuos; el trueno retumbaba cerca; y algunas gotas de lluvia grandes y pesadas caían indistintamente alzando un sordo murmullo.

En la selva alborotada se oía el silbar de los reptiles, el grito de los kalaws, las quejas de los árboles heridos. Un fuerte ventarrón se alzaba arrollándolo todo a su paso, tirando nidos y desgarrando ramas... De pronto una roja llamarada incendió la selva y seguido de un estrépito infernal que conmovió la tierra en sus entrañas, cayó el primer rayo enroscándose como una culebra de restallantes brasas a un hermoso y altivo ilang-ilang que se dobló pesadamente hecho pedazos.

Pasado el estruendo desolador el kamagón miró al pino con lastima. Se había despojado de toda su altivez de todo su necio orgullo y aparecía acuciado y tembloroso, víctima del pavor que le corroía hasta la savia de las más hondas raíces. Cubiertos por sus gentiles ramas que azotaba despiadada la



llovía, parecía llorar todas las gotas de agua que le volaban por las hojas; el kamagón compadecido, le habló entonces, por sobre la voz treman- te de los desolados elementos.

—No tembleis, no lloreis, esto pasará...

—Oh, abuelo, tengo miedo de morir!

—No morireis. Sois joven todavía; pero si está escrito que dejes de existir hoy, eso, que más os dá?... Tarde o temprano tenía que ser: todos vamos por el mismo camino; es cuestión solamente de unos años más o menos...

El retumbo de otro trueno ahogó su voz; otra llamarada infernal los cegó; ambos escucharon cómo a sus mismas espaldas se derrumbaba se- camente otro pobre ilang-ilang herido por el rayo...

El pino más espantado todavía se alzó en un grito de protesta desesperada...

No, no, él no quería, no podía, no debía morir, y morir así, partido por un rayo. Era joven aún y apenas había gozado de las dulzuras divinas del abril. A qué arrancarle por la negra hedionda parca, de sus noches de plata olo- rosas a flores y luna, de sus días de oro pobla- dos de alas y rosadas auroras?...

Calló de pronto, estremecido, agitado por un horrible estertor, doblando la copa ideal que un rayo ahora veteaba con su azul y roja y verde y amarilla fosforescencia, como un largo collar de turquesas y rubis y esmeraldas y zafiros col- gante por su muerto tronco...

El negro kamagón no sonrió; el pobre pino era un sueño más que caía, un inmenso sueño de grandeza perdido en la grandeza universal!...

### III.

En tanto la tormenta arreciaba y el bosque a cada instante se inflamaba con un cárdeno, intensísimo fulgor.

Y nada se podía escuchar sino la voz horri- sona del trueno que por todas partes cabalgaba como una gigantesca diabólica cuadriga patean- do con sus cascos de lumbré la celeste veste de la altura.

Y el kamagón sintió a su vez, de pronto, que una serpiente de fuego ardiente le corroía todo por entero, abrasando su frente, sus brazos, sus entrañas...

Luego no sintió nada más. Había sido heri- do de muerte también. Y entonces el cielo fué aclarándose y poco a poco se apagó la tempe- tad.

### IV.

Pasado un año, en otra luminosa mañana de abril, algunos leñadores invadieron la selva.



Y entre los troncos y las ramas frescas de los árboles que derribaron a bolazos y a hachazos, se llevaron consigo los resecos despojos del verde pino y el negro kamagón.

Y sucedió que mientras la gente del pueblo necesitaba leña, el cura del pueblo necesitaba una gran cruz para su culto.

Y en una misma noche, mientras deshecho en mil pedazos se hacía ceniza el pino en los rústicos caseros kalanes de la comarca, el kamagón convertido en cruz divina y adorada se alzaba en el altar de un pueblo que postrado ante sus plantas de rodillas le llenaba de flores, de plegarias y luz.

JULIO BRIAL

### ACLARACION

Del artículo "Injusticias Históricas" que pu- blicamos en nuestro número del 10 del actual, es autor nuestro colaborador D. Vicente Blanco.

Por un descuido involuntario, se omitió el nombre de dicho señor al pie de su artículo, y por este motivo, hacemos gustosos la presente aclaración.